

Ya sé
que sólo
es el
gato...

¡QUÉ MIEDO!





Cuando hablamos de tener miedo, no siempre utilizamos la palabra *miedo*. En su lugar decimos frases como “me tiemblan las rodillas”, “se me hace un nudo en el estómago”, “se me ponen los pelos de punta”, y algunas otras.

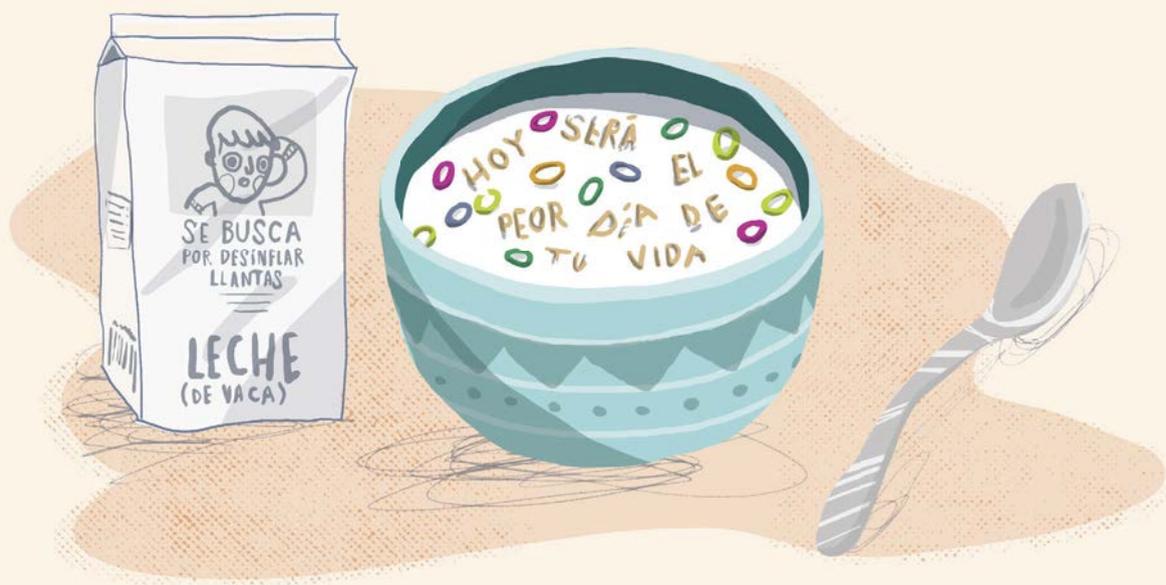
En este libro sucede lo mismo, cuando alguien sienta miedo, tú te darás cuenta, aunque la palabra miedo no aparezca.

MATE

5) REPROBADO
¡MIL VECES!



CAPÍTULO 1



—¡Hoy será un día horrible, horrible! —dice Marcos mientras suelta la mochila sobre la silla de la cocina. En la mesa lo esperan un vaso de chocolate y un plato con cereal—. ¡Un terror completo! ¡Ojalá me trague la tierra!

—¡No digas esas cosas, Marcos! —exclama su mamá, que se está maquillando frente al espejo de la entrada—. Sabes muy bien que no me gusta oírte hablar así.

—Horrible, horrible, horrible —murmura Marcos enojado, y suelta la cuchara sobre el plato.

Su mamá no tiene ni idea de lo horrible que va a ser este día. Por ejemplo, no sabe que hoy la maestra Rudi le va regresar a Marcos su cuaderno de Mate.

La maestra se llevó los cuadernos anteayer, y seguro que ya se dio cuenta de que Marcos no hizo la última tarea de Matemáticas... ni la penúltima... ni la antepenúltima...

De nuevo, la maestra Rudi escribirá una nota muy mala en su cuaderno, que su mamá leerá por la tarde. Marcos puede imaginarse claramente lo que le va a suceder y sabe que no será nada divertido.

—Vamos, apúrate —dice su mamá, y se coloca la bufanda alrededor del cuello—. ¡Vas a llegar tarde a la escuela!

Pero que su mamá lea la nota no es lo peor ni mucho menos. Lo peor es la venganza de Ole, y cuando Marcos piensa en eso, es incapaz de seguir comiendo cereal.

8 Ya pasaron tres días desde que Ole lo sorprendió con las manos en la masa, es decir: desinflando las llantas de su bicicleta, y lo amenazó con que se las pagaría.

“Horrible, horrible, horrible”, vuelve a pensar Marcos.

Cuando Ole cumpla su amenaza, no va a quedar ni un pedacito de Marcos, porque Ole es mucho más grande. Y eso tampoco lo sabe su mamá; si le contara, ella le diría que está loco y que nunca debió desinflar las llantas de la bici de un niño desconocido, sin ningún motivo, y menos de uno de primero de secundaria. Marcos suspira.

—Ya me voy, mamá —dice—. Quedé de verme con Daniel.

Será mejor que se ponga en camino antes de que a su mamá se le ocurra preguntarle si hoy logrará pasar la prueba de natación.

—Que tengas un buen día, cariño —dice su mamá, y le da un beso en la mejilla—. ¡Ya verás cómo no será un día tan malo!

—Sí, claro —responde Marcos, da media vuelta para salir y piensa: “Las mamás no saben nada de la vida”.

